

1° ACTO

(Escenografía fija toda la obra: una butaca, una mesa de escritorio y, sobre todo, un diván –tipo final s. XIX–. Están bastante delante, casi al borde del escenario, cada uno a un lado. Puede haber un perchero. Al fondo, unas sillas, de consulta de médico. Puede haber en un extremo, casi al borde del escenario, un perchero.

En las sillas del fondo están sentados los 4 pacientes, cubiertos sus cuerpos con mantos, o, mejor, con capas tipo s. XIX –pero dentro llevan vestimenta griega–: EDIPO, ELECTRA, NARCISO Y CASANDRA, que están visiblemente dormidos.

Hay en cierto modo 4 planos: en la parte delantera del escenario se sitúan los personajes del mundo real y moderno, Freud –su butaca y su mesa– y Martha; un poco más atrás está el diván, y, levantándose desde él, se mueven los personajes mitológicos –los 4 pacientes–, en su conversación con Freud; algo detrás –en la parte central–, los personajes mitológicos varios en la escenificación de sus historias –que pueden ir precedidas de humo–; al fondo, la sala de espera de los pacientes.

Los personajes del mundo real y moderno hablan más bien en tono desenfadado, coloquial, normal, y los mitológicos, en general, en tono trágico-épico, aunque muchas veces también, anacrónica y algo cómicamente, adoptarán el coloquial, moderno. Por otra parte, son algo caricaturescos, exagerando y acentuando sus cualidades, de

las que son prototipos y máximo exponente: **Edipo**, el héroe trágico por excelencia; muy solemne y reflexivo; detectivesco en ciertos pasajes. **Electra**, extremadamente dura, agria y siniestra en ocasiones, aunque muy tierna en otras, con respecto a su padre y hermano. **Cassandra**, muy histérica, exagerando —quizás la que más— sus momentos de locura en el delirio profético, con "pataletas", etc. **Narciso**, engreído y vanidoso al máximo, y muy tierno —exageradamente— y algo "amanerado y afeminado" en su amor.

En la parte delantera espera MARTHA —la esposa de Freud—. Entra FREUD del extremo en donde se encuentra el perchero. Se quita el sombrero y la capa y los deja en él. Da un beso a Martha. Mira el reloj << puede haber uno antiguo de pared, o uno de cadennita que lleve él colgando >>)

FREUD.- Aún no es la hora de la consulta. Voy a descansar unos minutos. Vengo agotado y necesito después poder concentrarme. ¿Ha venido ya algún paciente, Martha?

MARTHA.- *(En tono un poco raro)* Sí..., varios...

FREUD.- *(Algo extrañado)* ¿Ocurre algo?

MARTHA.- Son un poco... raros

FREUD.- *(Riendo)* Siempre son raros, Martha. Si no, no vendrían aquí.

MARTHA.- Pero éstos me parecen más raros de lo normal, Sigmund. Ya los verás tú. Estate preparado.

FREUD.- Yo siempre estoy preparado para todo. Nada puede extrañarme en el ser humano. Es mi trabajo.

MARTHA.- Con él te dejo. Cuando sea la hora de la consulta avisaré al primer paciente para que entre.

(Martha se marcha, haciendo un gesto cariñoso a Freud. Éste se

sienta y acomoda en la butaca y se queda dormido. En ese momento se despiertan bruscamente los 4 pacientes y se levantan. Se quitan las capas y las dejan en las sillas.

Se apaga toda la luz un momento. Se produce humo. Se vuelve a encender, en la parte de algo atrás o central, mientras que en la de delante está apagada.

Hacia atrás (en el "tercer plano") está la PITIA sobre el trípode, y, tras ella, de pie, APOLO. EDIPO mira a un lado y otro, angustiado, indeciso de hacia dónde correr)

PITIA y APOLO.- (con voz enigmática, indiferente, "oracular") Matarás a tu padre y te acostarás con tu madre....

(Edipo se tapa los oídos, con gestos de espanto. Niega con la cabeza. Queda la imagen congelada.

En otro lugar del escenario, que se ilumina o destapa ahora, Agamenón yace en el suelo, ensangrentado, envuelto en una red. CLITEMESTRA blande el hacha ante él y ríe. ELECTRA grita horrorizada)

ELECTRA.- ¡Padre! (Volviéndose hacia su madre, con profundo, exagerado, odio) ¡Asesina! ¡Asesina! Has matado a tu noble esposo, madre, para seguir acostándote con tu amante.

(Clitemestra se vuelve hacia ella rabiosa, y ambas se enfrentan con el gesto. Queda la imagen congelada.

En otro lugar del escenario, que se ilumina o destapa ahora, CASANDRA grita y gesticula histérica, espantada, exageradamente)

CASANDRA.- ¡¡No!! ¡No lo hagáis! Hacedme caso al menos esta vez. Destruid ese caballo. No lo introduzcáis en la ciudad. ¡Es una trampa de los griegos! ¡¡Será nuestra pérdida!!!

(Corre de acá para allá, enloquecida. Se arroja al suelo, casi entre convulsiones. Solloza. Queda la imagen congelada.

En otro lugar del escenario, que se ilumina o destapa ahora, NARCISO y el REFLEJO DE NARCISO se miran embelesados. Van vestidos exactamente igual y se parecen todo lo posible. Siempre en postura simétrica de espejo, intentan acariciarse, pero un muro invisible entre ellos, con el que chocan constantemente, lo impide. Sólo Narciso emite sonido al hablar, mientras que Reflejo duplica los gestos, pero sin voz. Pero se oye, por otra parte, la voz sin imagen de Eco)

NARCISO.- *(Tierno, suplicante, angustiado, tendiendo los brazos hacia el otro, exageradamente amoroso) Abrázame, háblame. No me rechaces, amor mío...*

VOZ DE ECO.- *Amor mío.*

(El Reflejo repite a la vez el gesto y tiende igualmente los brazos, pero sin lograr tocarle ni poder articular sonido. Queda la imagen congelada.

De pronto suena una campana o un timbre, y todos los personajes, a la vez, desactivada su energía trágica, se mueven como autómatas: los secundarios salen de escena, mientras que los principales [Edipo, Electra, Narciso y Casandra] van hacia el fondo, se sientan tranquilos en las sillas, se cubren con mantos, o, mejor, con capas tipo s. XIX, y se quedan dormidos. Pero Edipo se levanta al punto y —como un autómatas, un sonámbulo— avanza y se tumba en el diván. En el mismo momento en que se quedan dormidos los pacientes, Freud despierta. Se levanta y se acerca al paciente. Quizás podría usar el reloj de cadanita para hipnotizar)

FREUD.- *(En tono de hipnosis, susurrando) Cierre los ojos.*

Tranquilo. Relájese. Vaya atrás en sus recuerdos: atrás, atrás. Despacio... Hasta su niñez, si es posible. Intente recordar... Cuénteme todo lo que acuda a su mente. ¿Quién es usted? Dígame su nombre.

(Edipo se revuelve muy agitado. Freud se sienta de nuevo en la butaca. Mientras hablan los pacientes, Freud va tomando nota de todo en una libreta. Tranquilizador)

Calma. Dígame quién es usted.

EDIPO.- *(Cada vez más agitado. En tono trágico, exagerado)* ¿Quién soy yo? ¿Quién? Eso es lo que quisiera saber. *(En tono normal ahora)* Eso es lo que deseo que me ayude usted a descubrir, D. Freud.

(Edipo se levanta, arroja la capa y muestra su vestimenta griega. Se sitúa en el lugar en donde estaba al principio, hacia el centro del escenario. Habla con gran angustia. Mientras, Freud va tomando nota de todo en una libreta).

(En tono muy solemne, trágico, algo a lo Hamlet en "ser o no ser") ¿Quién soy yo? Me llaman Edipo, por las graves heridas en mis pies. Pero ¿cuál es mi nombre en realidad? ¿Quiénes son mis padres auténticos? Yo vivía feliz una mentira; pero cuando alguien plantó en mi mente la horrible semilla de la duda, quise conocer la verdad. ¡Ése ha sido siempre mi mal! El querer conocer la verdad, pese a todas las fatales consecuencias que ello acarrearé. Preferir la desgracia en la conciencia a la venturosa ignorancia. *(Solloza)* Ya me lo advertió ella, que no siguiera indagando...

FREUD.- *(Ante el tono especial en que pronunció "ella")* ¿Quién es ella?

EDIPO.- *(Con gran esfuerzo y turbación)* Yocasta... mi... esposa, mi...

FREUD.- *(Interrumpiéndole e intentándole guiar en su terapia)* Perdón. Continúe con los recuerdos de su infancia. No adelantemos aún los acontecimientos. Decía que pretendió averiguar sus auténticos orígenes ¿No es eso?

EDIPO.- Sí, y aunque mis supuestos padres negaban como calumnias las afirmaciones de aquel hombre —un borracho que en un banquete por envidia o rencor (¡no lo sé!) me insinuó que yo era un hijo adoptado—, quise asegurarme, porque ya me era imposible permanecer tranquilo e ignorarlo. Me marché de mi casa *(Se interrumpe, casi sollozando)*.

FREUD.- ¿Por qué le hace eso sufrir tanto?

EDIPO.- *(Con inmensa tristeza)* Ya nunca jamás regresé. No volví a ver a mis padres amados, ni a mis compañeros de la niñez.

FREUD.- ¿Qué ocurrió?

EDIPO.- Partí de Corinto (los que yo creía mis padres eran los reyes de Corinto) y me dirigí al Oráculo de Delfos, para consultar al dios Apolo, que lo sabe todo.

(Queda ensimismado un momento, intentando recordar. Se escucha desde dentro la voz de la Pitia y de Apolo, repitiendo las palabras del principio; o quizás, mejor, se apaga un momento la luz, se produce humo, y vuelven a aparecer ellos en el mismo lugar y posición de antes)

PITIA y APOLO.- *(Con voz enigmática, indiferente, "oracular")* Matarás a tu padre y te acostarás con tu madre.... *(Se marchan)*

EDIPO.- (*Pueden repetirlo a la vez también la Pitia y Apolo de nuevo, fuera de escena, como un eco*) Matarás a tu padre y te acostarás con tu madre.... (*Con enorme horror, exageradamente trágico*) ¡Tales fueron las palabras de la Pitia, en su delirio divino, inspiradas por Apolo! Y Apolo no puede mentir. (En tono normal y coloquial ahora) Aunque ...eso sí: puede ser totalmente ambiguo y equívoco. Yo le había preguntado quiénes eran mis padres y quién era yo, y el dios, sin contestar a mi pregunta, me respondió así.

(*En mitad del escenario, Edipo muestra su desconcierto y su enorme dolor. Queda de nuevo ensimismado*)

FREUD.- ¿Qué hizo usted entonces?

EDIPO.- (*Primero en tono normal, pero muy solemne y fatalista desde "atroz profecía"*) Corrí. Me alejé de Corinto. Lo único que importaba entonces era evitar esa atroz profecía: inconfesable, impronunciable, inconcebible. ¡Pero eran las palabras de un dios! Y habían de cumplirse sin remedio.

FREUD.- ¿Y no pensó que quizás fuese mejor afrontar la situación, contarle todo a sus padres, seguir indagando sobre si lo eran en efecto o no?

EDIPO.- Yo había enloquecido de espanto... (*En tono coloquial, mirando a Freud con cierta impaciencia ya*) Sí, habría sido preferible; pero entonces no lo pensé, sino sólo en huir, huir lejos.

FREUD.- Perdón por mi nueva interrupción. Continúe su relato. ¿A dónde se dirigió?

EDIPO.- Ni siquiera sabía a dónde. (*Muy solemne*) Me encontré de pronto en una encrucijada de tres caminos...

(Se interrumpe el relato, porque súbitamente suena una campana o un timbre)

FREUD.- Es ya la hora. Lo siento; pero me esperan otros pacientes. Mañana seguiremos.

EDIPO.- *(Haciendo un gesto de contrariedad, algo áspero)* Entonces... hasta mañana, doctor Freud.

(Edipo sale. Freud mira sus apuntes en la libreta y repite algunas frases de lo escrito)

FREUD.- ¡Ése ha sido siempre mi mal! El querer conocer la verdad, pese a todas las fatales consecuencias que ello acarrearé. Preferir la desgracia en la consciencia a la venturosa ignorancia. *(Se queda pensativo)* He ahí un hombre de verdad: valiente y recto. ¿Y qué ayuda puedo ya darle para aliviar su sufrimiento, bien evidente? ¿Convencerle de que hay que esconder la verdad cuando es demasiado dolorosa? Precisamente yo defiendo lo contrario. Pero en su caso, creo que se habría evitado una gran tragedia *(Recalcando "gran tragedia" con mucha solemnidad, para cierto efecto cómico. Se levanta luego y se dirige algo hacia el fondo. En tono muy actual)*. El siguiente.

(Se levanta Electra de su asiento de atrás. Va enlutada; es guapa, pero aviejada, desarreglada, algo encorvada; gesto agrio. Freud le señala el diván y ella se tumba)

FREUD.- *(En el mismo tono susurrante, hipnotizador)* Cierre los ojos. Relájese. Intente recordar yendo hacia atrás, atrás, hasta donde pueda alcanzar su memoria. Retroceda hasta su infancia... ¿Cuál es su nombre, señora?

ELECTRA.- *(Algo agria, corrige)* Señorita. No estoy casa-

da. *(Con amargura)* Precisamente, eso es uno de los problemas que me traen a su consulta, doctor Freud.

FREUD.- *(Con cierta severidad)* Tranquila. Relájese y concéntrese. Dígame su nombre ¿Quiénes son sus padres? ¿De dónde es usted?

ELECTRA.- *(Con orgullo)* Soy Electra, la hija de Agamenón, rey de Micenas y Argos.

FREUD.- ¿Y su madre?

ELECTRA.- *(Revolviéndose como una leona, salta del diván, incapaz de seguir quieta. Con odio infinito)* ¿Mi madre? Clitemestra, ¡la más... *(En tono coloquial muy insultante, casi barriobajero)* golfa y la más pérfida de las mujeres!

FREUD.- *(Casi sobresaltado por su furia)* ¿Por qué?

ELECTRA.- Ella... ella... *(La ira le impide hablar. Se echa las manos al pecho porque casi siente que se ahoga)*

FREUD.- *(Acercándose, preocupado)* ¿Se siente mal? ¿Le traigo un vaso de agua?

ELECTRA.- *(Sonriéndole agradecida)* No. Gracias, doctor Freud. Ya me encuentro mejor. *(Tras una pausa. Sollozando)* Mi madre asesinó a mi padre.

FREUD.- *(Compadecido)* Lo siento, ¡qué terrible! ¿Y cuál fue el motivo?

ELECTRA.- *(Con muchísimo odio y desprecio)* Poder seguir acostándose con su amante y mantenerse en el mando del reino. ¡Se había acostumbrado durante la larga ausencia de su esposo! La muy... *(Pausa. Sarcástica)* Ella, ¡naturalmente!, alegaba otras razones más nobles: justa venganza porque él había consentido en el sacrificio de mi hermana.

FREUD.- ¿Cómo? ¿Qué sucedió?

ELECTRA.- Mi hermana Ifigenia tuvo que ser sacrificada por orden divina para que los griegos pudieran zarpar hacia Troya. Y mi madre nunca perdonó a mi padre por ello.

FREUD.- Resulta comprensible. Y usted, ¿no sentía compasión por la suerte de su hermana y algo de rencor también hacia su padre?

ELECTRA.- *(Con gran dolor)* ¡Mi querida hermana! ¡Desdichada! ¿Cómo olvidarla y dejar de sentir un agudísimo dolor por su muerte? *(Enérgica)* Pero mi padre... se vio forzado por las circunstancias. Se debía a los intereses de la guerra. *(Con admiración)* ¡Mi padre era un gran general, un gran hombre! Y mi madre tendría que haberle disculpado.

FREUD.- Quizás también puede usted encontrar alguna disculpa para su madre.

ELECTRA.- *(Crispada)* Para ella no hay disculpa posible *(En tono muy duro y siniestro)* ¡Bien merecido tuvo nuestro odio y... nuestra venganza!

FREUD.- ¿Qué venganza fue ésa?

(Cada vez más alterada, casi histérica por el furor, va hacia el centro del escenario. Está reviviendo la escena en su interior y parece enloquecida. Pero se interrumpe la acción, porque de pronto suena una campana o un timbre)

Es ya la hora. Lo siento; pero me esperan otros pacientes. Mañana seguiremos.

(Totalmente desconcertada, Electra se ha quedado en mitad del escenario. Vuelve en sí de su trance. Mira a Freud sin comprender, aún trastornada)

ELECTRA.- ¿Qué?

FREUD.- (*Amable, pero firme*) Se ha acabado nuestra sesión por hoy. Hasta mañana, señorita Electra.

ELECTRA.- (*Muy nerviosa, algo indignada*) Pero...No puede dejarme así, doctor Freud. Yo necesito contarle.

FREUD.- (*Impertérrito, cortés*) Mañana seguiremos. Hasta mañana, señorita Electra.

(*Electra se dispone a protestar, pero en ese momento llega otro paciente, a quien le toca el turno, Casandra*)

¿Ve usted? Ya tengo que atender al otro paciente.

(*Ya Electra cede y se retira, pero al pasar ante Casandra la mira de arriba abajo con curiosidad, como si la conociera sin recordar de dónde, y lo mismo la otra a ella. Se sonríen levemente. Electra sale. Freud mira sus apuntes en la libreta, rápidamente, porque ya Casandra le mira con cierta impaciencia. Freud le señala el diván*)

Tumbese, señorita, y relájese.

(*Repasa lo escrito en la libreta. Habla para sí*)

¡Qué traumas ha sufrido la pobre! No me extraña que esté tan nerviosa y sea tan irritable.

(*Se levanta y se dirige ahora a Casandra, en el mismo tono susurrante, hipnotizador, de otras veces*)

Cierre los ojos. Relajada, muy relajada. Intente recordar, ir atrás en su pasado. Poco a poco, retroceda hasta su infancia... ¿Cuál es su nombre?

CASANDRA.- Casandra.

FREUD.- ¿Quiénes son sus padres? ¿De dónde es usted?

CASANDRA (*Con gran tristeza*) Soy la hija de Príamo y